



AD TE CLAMAMUS...

MARIA Y EL ALMA



ARIA.—Qué tienes, hija mía muy amada? Esa dejadez y esa indecisión que se han apoderado de tí, indican que algún padecimiento hondo y profundo te atongoja y atormenta. Estás rendida bajo el peso de la tribulación que es lucha, y el que se rinde en la lucha no alcanza la corona de los héroes. Qué tienes? Por qué estás triste? Mira que la tristeza mata todos los alientos y todos los bríos; que inmediato á la tristeza está el temor, y que la cobardía es hija legítima del miedo; piensa que la tristeza acusa un estado lamentable, endeble, irresoluto; que la debilidad es terreno abonado para la caída y, que, si caes, el demonio te cerrará los caminos de la esperanza y la desesperación se apoderará de tí. No estés triste, no, hija mía: el santo júbilo es reflejo inequívoco de la suave pla-

cidez del alma; la alegría exterior es testimonio claro de que el espíritu flota tranquilo y sosegado en una atmósfera de embriagadora calma: en la atmósfera de la amistad con Dios. Por qué estás triste? Alégrate en mi Hijo que tanto te ama; alégrate en Mí que no te separo un instante de mi solícita custodia, que no te abandono, que pienso en tí aun en los momentos en que tú te empeñas ¡pobrecita! en abrir un abismo entre la hija y la Madre. ¡Ese abismo le salva mi amor! Cómo quieres que me desentienda de tí, si soy tu Madre; cómo ha de ser indiferente para la más amante de las madres el porvenir de una hija, aunque esta sea la más rebelde y desnaturalizada de las hijas? Estás triste!; te sientes desfallecer de agonía y de congoja y vas buscando por el mundo el alivio á tu dolor! Pobre hija mía, qué incauta eres! El mundo adula á los felices pero no oye á los desventurados; el mundo no tiene entrañas. Llama, llama en tu socorro á las criaturas y las criaturas te despreciarán; las decepciones te arrancarán lágrimas de sangre y aquellos mismos que te hirieron de muerte pasarán junto á tí.... y seguirán su camino, sin compadecerte, sin que tu llanto los ablande; antes bien, burlándose de tu llanto, de tu pena y de tu desgracia. Ven, ven, hija mía: acude á Mí, llama á las puertas de mi corazón que está abierto para recibirte antes de que llares; ven á mí que aún no has llamado tú y ya me adelanto á oírte. Ven, ven á Mí. El penetrante grito con que lloras tu amargura, si no le elevas al Cielo, morirá en tí misma, será sofocado por la loca carcajada del placer de los que te rodean; el aire llevará hasta tí los ecos de aquella carcajada para que sufras más.

El alma.—Sí, Madre mía, ya te oigo, demasiado tarde; tarde rompen el muro de mi apatía y mejor de mi locura, los dulcísimos acentos de tu armoniosa voz. A donde iré? me preguntaba en mi terrible soledad, á donde iré

que me consuelen? Bien sabía yo, Madre mía, que Tú eres el consuelo de los afligidos; pero avergonzada de mí no me atreví á acercarme á tus plantas para anonadarme ante ellas y reconocer el yerro de mi pasado. Acaso era yo digna de tu cariño; yo, infeliz de mí! que después de clavar en tu corazón, al pié de la Cruz, aquella cruellísima espada de siete filos que te hizo sentir un dolor más grande, inmensamente más grande que todos los dolores juntos, he vertido sin cesar en la herida que abrió la espada, la hiel del desprecio y del olvido para aumentar tu tormento? Vendí al mundo mi tranquilidad y el mundo me la pagó haciéndome beber hasta la hartura la acibarada copa de los sinsabores y de las zozobras.... Llamé.... llamé para que me ayudaran; llamé con lastimeros ayes, con amarguísimos quejidos, exhalé suspiros desgarradores y nadie me contestó. Tú, en cambio, ¡oh bondadosísima Madre! Tú, á quien después de Dios se refieren las palabras del Profeta (1) me oiste sin yo llamarte. Yo no te llamaba y ¡Tú me oías! Tú me llamabas con ternura inenarrable y ¡no te escuchaba yo!

MARÍA.—Nada ¡importa del ayer, amada hija mía!.... La justicia de Dios ha tendido el velo de la misericordia sobre tus culpas; el Señor las ha borrado con el bálsamo de tu contrición y no las recordará (2). Si Dios, cuya justicia es eterna, olvida tus pecados, ¿cómo no he de olvidarlos yo que soy toda misericordia? ¡Yo, que te esperaba con incomprensibles afanes para estrecharte contra mi corazón? Ven á él amada hija mía....

El alma.—Voy, amadísima Madre ¡No permitas que salga nunca de él! En ese celestial retiro gustaré anticipadamente las delicias de la gloria. ¡Qué bien! Ya me agitan

(1) Antequam elament, ego exaudiam. (Isai. LXV, 34).

(2) Isai., (XLIII 25).

los más vivos deseos, las ansias más vehementes.... En él me consolarás.... Te lo suplico deshecha en lágrimas de dolor. De tí lo espero todo; á Tí sola acudo en las desgravidoras angustias de mi espíritu, como el profeta clamaba á Dios (1). Ay, miserable de mí qué tardía es mi vuelta á tu regazo! Porqué, ya que puedo copiar al sublime poeta de los salmos llamando á Tí como él llamaba á Dios, en el terrible día de la prueba, (2) porqué no habré tenido la ventura de escuchar tu voz, permaneciendo siempre oyéndote, esperando con vela continua y con esmerada vigilancia á las puertas de tu corazón (3) para pedirte hoy misericordia, como el mismo real profeta, (4) en premio á mí desvelo y á mi constancia? Compadécete de mí, Madre amadísima, y guárdame siempre en el dulce retiro de tu corazón; quiero saborear la paz del Cielo, alejada del bullicio del mundo en el cual estoy de paso. Desterrada de mi patria, no tengo más alegría que tus cariños, ni más dulzuras que tus caricias; y, confortada con los alientos que Tú me infundas, podré sufrir valerosa los trabajos del destierro y llegar un día al término feliz de mi viaje. Hija de Eva, desterrada soy por su culpa: hija tuya, arribaré al puerto de la felicidad, llegaré á la tierra de promisión, por tu gracia...

MARÍA. —Así es como quiero verte, amada hija mía, con toda la confianza en Mí, que soy tu verdadera Madre: Yo te conservaré en mi corazón; en él vencerás los peligros del destierro; de sus amarguras te consolaré con mis bendiciones; en mi regazo maternal saludarás la luz del

(1) In angustiis... clamo ad te (Baruch III 1).

(2) In die tribulationis mee clamavi ad te (Psalm LXXXI 25).

(3) Prov. VIII, 34.

(4) Salmo LXXXV III.

rostro de Dios que baña con vivientes resplandores la extensión infinita de tu patria, que es la eternidad feliz.

El alma.—Gracias, bondadosísima Madre. Cúmplanse pronto tu promesa y mi deseos. Tú eres la Madre de la misericordia, Tú sola eres mi vida, mi dulzura y mi esperanza.

Ad Te clamamus exules filii Eovae.

Madre mía: ¡Cómo se equivoca el desgraciado peregrino que espera hacer felizmente su viaje por la tierra, sin que Tú le dirijas, sin que Tú le sostengas, sin que la luz de tu patrocinio le alumbré en las tinieblas de la vida!... El ciego que camina solo, que no quiere que le lleven de la mano, ¿qué ha de hacer mas que tropezar á cada instante, dudar á cada momento y caer al fin en el precipicio? El hombre, que es ciego del alma cuando la luz de lo alto no le ilumina, ¿qué hará sin aquel auxilio poderoso que Dios le manda por tu conducto, por tu conducto, Señora, porque Tú eres nuestra solícita Abogada y nuestra ternísima Madre? Nada podemos hacer por nosotros mismos, nada podemos hacer sin la ayuda de Jesús y Jesús se inclina á nuestras plegarias por tu amorosa intercesión, porque Él mismo te consagró Madre nuestra y confió á tu cuidado el arca preciosa de las divinas mercedes. Pensando en Tí, ¡oh aurora purísima del día de las misericordias!, el Señor hizo brillar sobre las huellas de la primera culpa el iris de la esperanza; saludándote libre del pecado original, el Verbo tomó carne en tus entrañas; y Jesús, mirándote con inefable complacencia, te dijo aquellas palabras tan consoladoras para nosotros, tan dulces para Tí "todos los hombres son tus hijos." Á la Madre han de acudir los hijos para descubrirle los secretos de su corazón y de su alma, porque ¿quién con más interés que la Madre

tierna y cariñosa ha de secar las lágrimas, cicatrizar las heridas, calmar los afanes y endulzar las penas de los hijos! A nuestra Madre hemos de pedir: *firmeza en la fe*, para resistir las sacudidas de la duda, *seguridad en la esperanza*, para que las contrariedades en el orden moral y en el orden físico no nos hagan víctimas de la desesperación, y *constancia en la caridad*, para ser fieles al tierno precepto del amor, que es la ley de Jesucristo. A tus plantas, Madre mía, debemos caer todos los hombres, por que todos los hombres estamos afligidos por la lucha entre el espíritu y la carne, afligidos por la enfermedad del alma y por la enfermedad del cuerpo, afligidos por los reveses de fortuna, por el abandono de nuestros amigos, por el mal éxito en nuestras empresas, por la pérdida de seres amados, afligidos porque anhelamos la felicidad y no hay felicidad en este valle de lágrimas..... Todos lloramos nuestra pequeñez y nuestra miseria con las amargas lágrimas de la aflicción y las lágrimas de la aflicción Tú las enjugas, Virgen María, porque eres el *consuelo de los afligidos*..... A las puertas de tu corazón debemos llamar todos los hombres, con la dulce confianza de que no nos separaremos de Ti sin que nos oigas, con la consoladora seguridad de que no serán desatendidos nuestros ruegos, de que no serán desoidas nuestras humildes peticiones..... A tus plantas aprende el alma de Ti, porque tu eres la Doctora de la verdadera sabiduría; á tus plantas todos los hombres podemos aprender á caminar por la senda de la virtud, á que la virtud informe nuestros deseos, nuestras tendencias y nuestras aspiraciones; á desempeñar, alentados por la virtud, según el espíritu de Dios, la misión que el Señor se ha dignado confiarnos en la tierra..... Pidan tu amparo los padres, postrados á tus soberanas plantas, para que tu les inspires los cuidados, el interés y

los desvelos con que deben educar á sus hijos en el santo temor de Dios..... ¡Tú eres el ejemplo de las madres!.....

Pidan tu amparo los esposos, para amarse, para respetarse, para considerarse mutuamente, cimentando sobre las sólidas bases de la virtud la felicidad del matrimonio!..... ¡Tú eres el ejemplo de las esposas!.....

Pidan tu amparo los hijos, para seguir con amor y docilidad la senda que sus padres les señalen en el camino de la vida, para que no se rebelen, para que no se ensoberbeczan, para que no desatiendan los amorosos consejos de sus padres..... ¡Tú eres el ejemplo de las hijas!.....

A tus plantas todos los hombres, Madre mía, porque Tú eres la Madre, la Abogada, la Defensora, el Custodio, el Guía, el sostén y el amparo de los mortales!.....

Tú eres luz!..... nos dejó ciegos la mancha del pecado original!..... Tú eres toda fortaleza!..... el peso de la culpa de nuestros primeros padres nos hizo débiles!..... Iluminanos, ayúdanos Tú, Señora.

Corran á Ti, caigan á tus plantas para aprender de Ti, todos los hombres, porque Tú eres nuestra Madre y nos esperas á todos y nos llamas á todos con una dulzura singular, con una dulzura propia de Ti, porque Tú eres toda dulce, como eres toda hermosa, toda amable, toda pura, toda inmaculada!.....

A todos nos esperas.

También á los pecadores?

Si, sí. Oh consuelo, oh delicia, oh felicidad! Qué sería de mí, amadísima Madre de mi alma, si Tú no fueras el *refugio de los pecadores*? También á mí, hijo desnaturalizado y desagradecido, te consagras! Cuanto más me he descuidado, mayor ha sido tu solicitud!..... Los pecadores, Madre mía, tenemos más necesidad de tu amparo y de tu ayuda. Cuanto más nos separamos del camino del bien,

más interesada estas Tú porque volvamos al redil, porque apagemos la sed de la inteligencia con la luz que brilla en el Gólgota, porque lavemos nuestra alma con la sangre del Cordero inmaculado, porque calmemos las ansias de nuestro corazón, en el corazón de Dios, que es la fuente de la luz y de la vida.

Refugium peccatorum: ora pro me.

A Tí acudo una vez más. ¡Perdón para mí, por las entrañas de clemencia de tu Hijo!

Una vez más te ofrezco, Reina, Señora y Madre mía, los pensamientos de mi alma, los latidos de mi corazón, mis dolores, mis penas, mi sangre, mi vida....

Te ofrezco también este humilde libro. Bendícele y bendice al más indigno de tus hijos, que quiere amarte como debe amarte y que espera hacerlo con la gracia de tu Hijo y con tu amparo.

Mírame con compasión.

Escúchame, Madre mía.

Regino Martínez.



CUATRO PALABRAS



BIENDO á Dios Nuestro Señor su gracia y á la Santísima Virgen su ayuda, doy principio á esta humilde obra de Sermones que título: *El Amor de Dios y El Amor de María*. La llamo así, porque al amor de Dios Nuestro Señor y al amor de la Santísima Virgen debemos todos los beneficios en el orden de la naturaleza y en el orden de la gracia. El amor de Dios es la fuente inagotable de donde brotan todas las grandezas de la ley antigua y todas las grandezas mucho mayores de la Nueva Ley; el amor de Dios es el libro que contiene la doctrina de la verdad y de la justicia, de la fé, de la esperanza y de la caridad, columnas del edificio del engrandecimiento moral y material de los pueblos y del edificio de la perfección en los individuos; efecto hermosísimo del amor de Dios es la doctrina del Evangelio, la doctrina que debemos enseñar los sacerdotes.... Al amor de Dios lo debemos todo principalmente; en segundo lugar, todo se lo debemos al amor de la Santísima Virgen. Todos, todos podemos dar testimonio de esta verdad.

Dígnese el Señor y su Santísima Madre mirar con ojos de misericordia mis propósitos y fíjese el lector benévolo en mi buena voluntad, no en la escasez de mis conocimientos ni en la pobreza de mi inteligencia.

Este primer tomo contiene los sermones siguientes;

	<i>Páginas</i>
Dios y el hombre.	1
La Caridad es el lazo de unión entre Dios y los hom- bres.	19
La Religión Católica es Religión de Caridad.	37
Caridad y mansedumbre.	53
Quién como Dios.	69
La Sagrada Eucaristía.	85
Sagrada Pasión de Nuestro Señor Jesucristo.	99
La Santa Cruz.	113
El <i>don</i> de la Sabiduría y el <i>fruto</i> de la fé.	131
Predicad el Evangelio.	148
El Sacerdocio Católico.	167
María.	183
María Santísima es nuestra Madre, nuestra vida, nues- tra dulzura y nuestra esperanza.	201
Yo soy la Madre del amor hermoso.	213
El amor de Dios baja al hombre por MARÍA: el amor del hombre, por MARÍA, sube á Dios.	223
La Santidad.	235
Gloria á Dios!	247
Exaltación de la Cruz en el juicio final.	267
La Muerte.	283

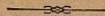


Minuisti enim paulo minus
ab angelis, gloria et honore
coronasti eum: et constituisti
eum super opera manuum
tuarum.

Poco menor le hiciste que
los ángeles, de gloria y de
honor le coronaste: y le
constituiste sobre las obras
de tus manos.

SALMO 8.º VERS. 6 Y 7.

DIOS Y EL HOMBRE



DIOS PARA EL HOMBRE



JESÚS COMPRADO PARA EL HOMBRE

FOR LA SANTÍSIMA VIRGEN

(Predicado en la Catedral de Valladolid
el día 2 de Febrero de 1901).